

121

# Costa Rica Ilustrada.

REVISTA DE CIENCIAS, ARTES Y LITERATURA.

DIRECTOR Y REDACTOR, — CARLOS GAGINI.

ADMINISTRADOR,  
FRANCISCO CALDERON h.

<p style="text-align: center;"><b>Precio de Suscripción.</b></p> <p>En Costa Rica \$ 1-25. Trimestre adelantado. En el extranjero „ 1-50. Nos. sueltos, \$ 0-25. Nos. atrasados, \$ 0-50</p>	<p style="text-align: center;">EPOCA 2ª</p> <hr/> <p style="text-align: center;">NUM. 27.</p> <hr/> <p style="text-align: center;">San José, 25 de Abril de 1891.</p>	<p style="text-align: center;"><b>Redacción y Admón.</b></p> <p style="text-align: center;">Frente á la oficina de telégrafos.</p> <hr/> <p style="text-align: center;">SE PUBLICA CADA DIEZ DIAS.</p>
--	---	--

A UN AMIGO.

[IMITACIÓN].

*Del bloque informe que el artista anima,  
á golpes de cincel surge la estatua;  
el acero se temple al choque rudo  
del fuerte mazo en la encendida fragua;  
si todo en dura prueba se acrisola  
¿por qué lamentas que la suerte ingrata  
te reserve tan sólo sus rigores?  
Soporta resignado la desgracia,  
que así como el metal se temple á golpes,  
con reveses también se temple el alma.*

G.

1886.

## SUMARIO.

Á UN AMIGO, por C. G.—MARTA, por don Ricardo Jiménez.—OTELO, por V. Acosta.—GALERÍA DE LITERATOS CONTEMPORÁNEOS, la Redacción.—EL SARGENTO GÉRARD, por C. Gagini.—SONETO, por E. Pacheco.—UN VENTRÍLOCUO, por R. Palma.—EL HADA DEL AMOR, por E. Pacheco.—PRINCIPIO DE UNA HISTORIA, por J. P. Vélez.—LOS COLOMBIANOS NO ENTRAN AL CIELO, por "El Fisgón."—NATALIA, por C. Delgado.—NOTAS.

## MARTA.

¡CÓMO es bello este extremo de París!, dijo Marta incorporándose en la victoria, impaciente de llegar al Arco de Triunfo, y como si con su movimiento nervioso hacia adelante pudiera hacer que los vivos caballos que nos conducían y echaban, de cuando en cuando el vaho de su aliento, redoblaran el andar tan rápido y rítmico que llevaban.

Y, cierto, cómo aparecía de bella y fascinante la avenida de los Campos Elíseos, al cerrarse aquella tarde de Julio, sonriente y fresca. Llegábamos á la hora en que principiaba el regreso. El Arco del Triunfo enviaba á la plaza de la Concordia, por oleadas ininterrumpidas de océano inquieto, innumerables y primorosos coches, negros y lucientes, unos tras otros. La claridad del día se iba; y los árboles de la avenida, con sus hojas tupidas y oscuras, absorbían los pocos rayos de luz que venían del cielo. En frente, la masa de piedra del Arco, parecía inmenso muro que pusiera una separación entre la tierra y el horizonte por donde el sol se ponía, única banda luminosa en aquella atmósfera crepuscular y ya destenida hacia la torre de Eiffel, Santa Genoveva, los bulevares elegantes y el parque Monceaux. Pero en el colosal muro gris, lo vacío del arco se destacaba como una puerta fantástica, abierta de par en par, y fabricada de un mosaico de piedras preciosas, en el cual se sucedían, con degradaciones que iban del oro encendido hasta la lila suave, todos los colores que reviste el cielo, al desaparecer un día de verano. El Arco servía de entrada, no al Bosque de Boulogne, sino al país de los sueños ideales, como decía mi compañera.

Después del calor sofocante del mediodía, lo verde de los árboles, la suavidad de la luz, el movimiento parejo y voluptuoso de la victoria, y el aire fresco que nos daba en el rostro, producían una sensación indecible de bienestar. Un deseo oscuro de que se pasara así siempre la vida, sin lucha, sin el esfuerzo de la acción ni del pensamiento, sin las congostas ni aún los goces de la pasión; en una especie de nirvaná, de anonadamiento, en que sólo conserváramos conciencia para sentirnos arrastrados por una ola de pereza, de voluptuosidades físicas, de dulces armonías de la naturaleza y del arte; un deseo, en fin, de que la vida fuera el dulce deslizarse de la victoria, en aquella hora, por el Arco del Triunfo, el lago, la cascada, la avenida de las acacias, por el bosque de Boulogne, en una palabra.

Entregados al encanto del momento, guardábamos silencio. Yo, inmóvil, como temeroso de que se desvaneciera aquella fruición que me envolvía y penetraba; ella, con los ojos muy abiertos, para no perder ningún detalle; y con la mano izquierda en la amplia ala del sombrero, que el viento se empeñaba en arrebatarle, como para poder acariciar más á sus anchas su rubia cabeza.

Y había, en efecto, motivo para desear acariciarla. Era difícil hallar aún en París, persona más seductora. Iba vestida toda de amarillo. Un capricho y una temeridad casi de su sastre.

—Jamás, jamás me vestiré de amarillo, le había dicho. Ese color requiere una belleza excepcional, y yo no la tengo.

Pero él, encantado de aquel cuerpo de extranjera, un manequí de modista en cuanto á las formas y de una gracia de parisiense en cuanto á los movimientos, se encaprichó en no dejar pasar lo que juzgaba una ocasión preciosa para obtener una victoria de artista. La verdad es que él había tenido razón. Aquel vestido le iba á Marta á las mil maravillas. Ella lo sentía ahora; lo veía á las

claras en las miradas de aprobación que partían de los coches que se cruzaban lentamente con el nuestro.

Toda ella era una dulce armonía de oro. El sombrero de paja, de forma caprichosa, como si hubiera servido de modelo una rara parásita de nuestra tierra, con grandes plumas de avestruz por un lado, y por el otro, un ancho lazo de terciopelo, de ese suave matiz de melocotón dorado por los calores de Julio;—el fondo del traje, de una seda de oro antiguo, avivado un tanto en las mangas, que se prolongaban por encima de los hombros, como amorosas y ávidas de llegar hasta las mejillas:—el encaje, hecho á mano, y que desde la garganta bajaba por sobre el seno y descendía, en pliegues, hasta la mitad de la falda, atenuando el tinte de la seda con su espuma de crema;—los guantes, de piel de Suecia, del color de las almen dras secas, y que le subían arrugados por el brazo, —todos estos matices de un solo color se avenían á la perfección con el tinte de los cabellos, de un rubio de champagné; con el brillo de los ojos, amarillos como los de los leones; y con el dorado suavísimo y sano de la piel, en la que se percibían, vagamente, perdiéndose hacia el cuello, las sinuosidades azules de las venas.

No rompían aquella sinfonía de amarillo, que abrazaba todos los tonos dulces de ese color, más que dos cosas. Arriba, las fresas de sus labios, que producían, cuando se desplegaban para dejar ver dos hileras de dientes, menudos y blancos y de una igualdad de gemelos, la impresión de un corset rojo que se desabrocha de golpe y exhibe la blanca resplandeciente del camión de lino; y abajo, las zapatillas, lustrosas y negras, que á veces avanzaban lo bastante en la alfombra del carruaje, para descubrir las medias, negras también; y ese negro, bajo los alegres matices del vestido, venía á ser, diría uno, una indicación melancólica, un símbolo triste, de la suerte de quienes cayeron bajo el hechizo de aquella niña de mirada infantil y al propio tiempo provocante y casi perversa como la de una cocotte.

Por todas joyas, lucía un prendedor de oro deslustrado, en forma de rosa, de pétalos muy abiertos con una perla entre los estambres; y un lunar—su mejor joya—en la mejilla derecha, un poco más abajo de los labios, en el cual el viento hacía temblar y brillar, á la luz poniente, unas cuantas hebras de oro, retorcidas.

Estar junto á ella era gozar, como pocas veces es dado conseguirlo, de la sensación de la belleza femenina, en el cuadro que le conviene, según nuestras ideas modernas y decadentes. El encanto de su persona se acrecentaba de un modo increíble en medio del lujo de los vestidos y los coches, en aquella avenida tersa y tan limpia, y entre aquellas grandes masas de árboles. Aquel rincón del Bosque, visto á esa hora, parecía ser el beso supremo que se daban lo exquisito de la civilización y lo que hay de más ideal en la naturaleza: esto es un bosque, en una tarde estival, que expira. ¿Qué mejor cuadro podría darse á la belleza?

Marta se sentía en un baño de bienestar, de felicidad infinita. Una pareja que dejaba la avenida de las acacias y se alejaba por un sendero estrecho, en busca, sin duda, de silencio, de soledad, de sombra espesa, le trajo á la memoria el amor; un paseo campestre que había hecho en nuestro país, poco antes de venirse; y en el cual casi había aceptado las palabras apasionadas de uno que se había ido así, con ella del brazo, por una calle de árboles de café, justamente en flor, diciéndole las mismas frases que de seguro escuchaba ahora esa parisiense, que se perdía, con su compañero, entre la espesura de los árboles.

Son tan fáciles, sobre todo á ciertas horas, las confidencias entre gentes del mismo país que se hallan lejos de su patria, que no tardó Marta en contarme todo su aquel idilio.

Su acción había sido muy mala, me decía.—Querer á un hombre que estaba al casarse con una amiga íntima suya; romper, ella, con sus manos el bello sueño de su amiga, la amiga de su infancia, eso era horrible.

—Y no sólo lo comprendo ahora,—agregaba,—sino que lo comprendí desde que al pasar juntos, inclinándonos á un tiempo, bajo una rama de café, toda en flor, ví en su mirada el deseo loco de posar sus labios en mi cuello. Pero, qué quiere U.; no puedo resistir al placer de sentirme acariciar por las palabras amorosas de ciertos hombres. ¿Sabe U. lo que experimento? Me parece que esas pa-

labras me envuelven con esa suavidad de plumón, con ese perfume de verbena, con ese calor de niño, que siento cuando me echan sobre los hombros, en invierno, al salir del teatro, mi sobretodo de pieles. Además, en esos momentos creo que el hombre es sincero ¡loca de mí!; y creo, también, que la entrega de mi corazón es absoluta, para siempre, como la de un relicario que regalara á una amiga. Bien caro he pagado esos errores.

—Pero si él ama á U. en vísperas de casarse, quiere decir que no amaría mucho á su amiga; y en tal caso mayor mal sería que se hubieran unido por el matrimonio dos personas desunidas por los corazones. Mientras que U. y él.....

—No nos casaremos.

—No entiendo. ¿Por qué no se casarán?

—Porque me pasa con él lo que ya me ha pasado con otros amores. Botones de flores, que mueren antes de abrirse. Cuando me despedía de él, en Limón, creía que no me sería posible embarcarme y dejarlo. Buscaba en mi imaginación algún pretexto para quedarme. Cómo me hubiera alegrado si á última hora, un inconveniente cualquiera hubiera impedido el viaje de mi familia. Tan húmedo de lágrimas estaba mi pañuelo, cuando desde la baranda de abordó le enviaba mis adioses, que ya no flotaba en el viento. Asimismo sentía mi corazón: pesado, repleto de pena y de negros presentimientos, con las alas caídas. Pero en París, siento que mi amor se va; que mi corazón se aligera y tiene deseos de volar, como el ave que después del aguacero, seca sus plumas al sol. ¿Por qué este cambio? No logro explicármelo.

Y al decir esto brillaban con una claridad húmeda sus ojos, y se desplegaban sus labios en una sonrisa tal vez tierna y apesadumbrada, tal vez alegre y maliciosa, quizás ambas cosas juntas, que os hacía recordar el aire misterioso, indescifrable con que os sigue por todas partes, en el salón cuadrado del Louvre, la mirada de la Joconde, de Vinci.

Pero si ella no veía claro en su alma, si era fácil para otro, saber la causa de su mudanza. París la tenía en aquel momento esclavizada. Su corazón se prestaba gustoso á cuanto fuera como un arraigamiento en aquella vida, así como se desviaba con repulsión indomable de cuanto la pudiera alejar de allí. Sus emociones ante aquel París de boato y esplendor, eran las de Margarita ante el cofrecillo de alhajas, que Mefistófeles puso en su armario. Su naturaleza de virgen curiosa y voluptuosa vibraba sacudida por todo aquello que la rodeaba, como había vibrado el alma de Margarita cuando vió y se tanteaba coquetamente las joyas fatales, que tan bella la tornaban aún á sus propios ojos; y si Marta hubiera dicho en voz alta su pensamiento, sin duda que habría repetido la queja de Margarita: ¡Bien pobres desgraciadas somos! ¿Por sí solas, sin el oro y sus deleites, de qué sirven la belleza y la frescura de la juventud?

Para Marta, ser fiel á esa su naciente pasión de América era hacer voto de pobreza, era renunciar á sedas, encajes, estadas en París, excursiones en Europa. Mientras que olvidar su capricho de América era no comprometer su porvenir, era dejar la puerta abierta al azar, para la realización del sueño de vida elegante y amorosa, que se agitaba en su imaginación inquieta.

Mientras yo pensaba confusamente todo esto, mi compañera se entretenía en ver desfilar los últimos coches; y en la viva satisfacción que animaba su cara cuando veía pasar ciertos jóvenes apuestos, que conducían ellos mismos sus magníficos caballos, sin más compañero que su *groom*, muy tieso y rasurado, de librea, con los brazos sobre el pecho, y de espaldas contra su amo, se comprendía á las claras cómo habría deseado ser amada por uno de ellos, llenar con su cuerpo el asiento delantero del coche, demasiado grande para uno solo; y con cuánto gusto se habría ido á la par de él por aquellas avenidas que se obscurecían, y por todos los senderos de la vida.

Bien lejos estaba en aquel momento de su país; pero su corazón cuánto más lejos de los amores de su tierra!

Descendiendo del coche, en la gradería del Gran Hotel, me decía:

—Vivir en París, en una linda casa, rodeada de árboles y de grandes alfombras de césped, muy verde y recortado, al uso inglés, en la avenida del Trocadero, por ejemplo; no volver á Costa Rica sino una vez cada dos años; hacer de ese viaje una excursión de pájaro, que se apresura á volver al ni-

do antes de oscurecer,—apenas lo bastante para dar un saludo á los conocidos y un beso á las amigas, ¡oh, qué delicia, oh, qué sueño!

¿Lo creis irrealizable?, me preguntó, bajando los ojos, como preocupada de la obstinación de los guantes en no querer salir; pero, en realidad, velándolos con sus largas pestañas, para ocultar la emoción de anhelo que despertaba en su alma esa imagen evocada.

—Todo lo contrario,—la respondí,—quien tenga juventud y fortuna no sé cómo pudiera gastarlas mejor que proporcionándole una aproximación aunque lejana á la felicidad, que es cuanto se puede obtener aún aquí en París. Usted realizará su anhelo; y no dudó que, dentro de unos dos ó tres años, me contará en su casa de la avenida del Trocadero, cómo se convirtió su sueño en realidad.

—Le escribiré para que sepa el número de la casa y dé con ella, me contestó sonriente y burlesca; y me extendía á la vez su mano diminuta, que había salido por fin del guante, sonrosada y perfumada, como la rosa que rompe el botón que la aprisiona.

RICARDO JIMÉNEZ.

## OTELLO

(PÁGINA DE SHAKESPEARE.)

Yago, que has hecho?  
Entre los dos abrirse  
Un abismo de infamia, y es tu gozo!  
Desdémóna está triste  
Y el león africano está celoso.

Corren esas dos almas, empujadas  
Por tu mano, á la noche que horroriza:  
La blancura y la sombra enamoradas  
Se ahogan en la mueca de tu risa.

Tanteando en las tinieblas, ya has echado  
El lazo criminal, y la sospecha  
Levanta la cabeza: está enlutado  
El tálamo nupcial. La duda accecha.

Ya el dolor á Desdémóna anonada;  
Su alma en un mar de lágrimas se pierde;  
Ya Otello al corazón lleva enroscada  
La serpiente que mata cuando muere.

Los celos van á abrir su negro broche;  
Desdémóna infeliz! alzó su brazo  
El crimen ya.....  
Y Otello, que es la noche,  
Ahogó tanta blancura en un abrazo.

VICENTE ACOSTA.

1890.

## Galería de literatos contemporáneos.

EN nuestra patria, con dolor lo confesamos, anda muy de capa caída el buen gusto en punto de literatura.

En la poesía lírica, cuando nuestros paisanos están por los poetas jilgueros, y se desmayan de placer cuando oyen una tirada de decimitas musicales de esas en que la sonoridad de los consonantes disimula la vacuidad del concepto.

En la poesía dramática aun predomina el romanticismo trasnochado, y nuestro público se despelleja las manos aplaudiendo, cuando se representa algún drama monstruoso en que abundan los asesinos, los desafíos y los tísicos.

En la novela (y aquí viene lo gordo) los amores predilectos de nuestra sociedad son Pérez Escrich, Antonio de Padua y Fernández y González.

Téngase presente que nos referimos á la generalidad, no á todos nuestros compatriotas, pues entre ellos hay buen número de

personas cuyo delicado paladar sabe distinguir los raros platos sabrosos entre los mil insustanciales que nos sirven á diario los libreros.

Creemos, por consiguiente, muy oportuno publicar en nuestra revista una serie de estudios sobre los principales escritores contemporáneos, á fin de que los lectores que ignoran los principios del arte literario, puedan elegir con más acierto las obras con que se solazan.

Comenzaremos por los novelistas (por ser la novela el género que campa en nuestro siglo) dando la preferencia á los españoles, no porque sean los primeros de Europa, pues ese puesto corresponde sin disputa á los franceses, sino por motivo de raza y de idioma.

Algunos de los estudios son de nuestra propia cosecha; pero en la mayor parte aun nos limitaremos á reproducir trabajos ajenos, pues necesidad extremada sería trazar con tosca brocha lo que otros han delineado con pincel finísimo.

La Redacción.

## LA CELEBRE ESCRITORA ESPAÑOLA

Doña Emilia Pardo Bazán.

EMILIA Pardo Bazán nació á fines de 1852, en la Coruña, capital de Galicia. Su familia, lo mismo por parte de padre que de madre, es de las más ilustres de la antigua nobleza gallega, y arranca del famoso mariscal Pedro Pardo, el turbulento magnate decapitado por los Reyes Católicos. La educación de la futura escritora fué muy amplia; sus padres le permitieron entregarse desde los primeros años á su desmedida afición á la lectura, y no estorbaron, antes favorecieron, su vocación literaria, que se reveló desde muy temprano en artículos, versos y ensayos de novela. Esta vocación interrumpida por la existencia de continuos viajes y distracciones que llevó desde su casamiento con don José Quiroga, casamiento verificado cuando la escritora no contaba más que diez años—remaneció al nacer el primer hijo, con la vida sedentaria y tranquila impuesta por la lactancia, pues la Pardo Bazán, que es una madre apasionada, ha criado á sus tres hijos con cariño y fortuna, prevaleciéndose para llenar esta sagrada función de la gran robustez que el cielo le ha concedido. Hacia 1877 ganó el primer lauro de prosista con el *Estudio crítico sobre las obras de Feijoo*, y desde entonces en el corto espacio de trece años ha desplegado asombrosa actividad, no solo en sus escritos, sino en su vida, granjeándose la universal reputación que disfruta escribiendo y publicando más de veinte tomos realizando otros muchos viajes de estudio y de arte, que alguno se hizo célebre como el de la Romería Vaticana de 1887. En trece años su nombre profundamente desconocido, ha venido á ser quizás el más repetido, citado, comentado, llevado y traído de la literatura española, y ni en fama ni en venta tiene hoy Emilia Pardo nada que envidiar á ninguno de los autores españoles contemporáneos. Hace dos años la opinión pública la señalaba para ocupar un sillón en la Academia Española.

La personalidad literaria de la ilustre escritora es doble. Novelista y crítico á la vez, hay quien se deleite con sus fábulas, ó mejor dicho con sus estudios de la realidad,

y quien saborea y prefiere sus delicadísimos anales y sus brillantes trabajos de polémica periódica, sus sabrosas narraciones de viajes y sus doctas lucubraciones sobre historia ó filosofía. Hay un libro de Emilia Pardo, *El San Francisco de Asís*, que se lee con igual devoción que pueden leerse hoy las obras de Santa Teresa, y la numerosa comunión católica no cesa de lamentar que la Pardo Bazán no dedique su pluma á trabajos del mismo género, en lo que, al decir de Menéndez Pelayo, la insigne gallega compite ventajosamente con los Montalembert y los Ozanam.

Si los autores de reputación más vividora son aquellos que traen al pensamiento de su época y de su patria algo nuevo, la fama de Emilia Pardo Bazán no morirá nunca, porque ha renovado en España el criterio estético, verificando una revolución en el terreno de la novela. A este resultado concurren sus famosos artículos titulados *La Cuestión Palpitante* y sus no menos celebradas conferencias del Ateneo de Madrid sobre *La revolución y la novela en Rusia*.

Las obras de la Pardo Bazán son tan conocidas que casi huelga dar lista de ellas: ¿quién no ha leído además del *San Francisco* y la *Cuestión Palpitante*, las preciosas novelas *Un viaje de Novios*, *El Cisne de Vilamorta*, *La Tribuna*, *Los Pazos de Ulloa*, *La Madre Naturaleza*, *Una Cristiana*, *Morriña*, *Insolación*? ¿Quién no ha saboreado con golosina los primorosos cuentos de *La Dama Joven*? ¿Quién no admira la crítica delicada y sutil de *De mi tierra*?

La Pardo Bazán, que no goza de los fueros de su sexo, pues lo varonil de su ingenio hace que sea discutida y comentada como un hombre, tiene émulos y enemigos, pero supera con mucho al número de éstos el de los admiradores y lectores asiduos, que desde todos los puntos de España y América le dirigen testimonios de entusiasmo.

Un detalle para completar su biografía. Hará cosa de medio año perdió la insigne escritora á su padre, al cual profesaba entrañable cariño, y cuya muerte alteró su salud y la alejó algún tiempo de las tareas literarias. El fallecimiento del respetable Conde Pardo Bazán dejó á su hija única heredera del título nobiliario que aquel señor poseía. La escritora, sin embargo, no lo usa, porque dice sincera y sencillamente: "¿Quién va á conocerme por condesa? Yo seré la Pardo Bazán toda mi vida."

## EL SARGENTO GÉRARD.

V.

(Continúa.)

V. n.º 25.

Las ventajas obtenidas por los franceses en la casi victoria de Villejuif hicieron renacer la esperanza en el ánimo de los parisienses: la ciudad, con esa volubilidad que la caracteriza, recobró súbitamente el buen humor, aunque, aleccionada por una dolorosa experiencia, no celebró el triunfo ruidosamente, sino con una moderación digna de aplauso. Todos los que en el combate habían perdido algún pariente ó amigo, se mostraban resignados; sólo una mujer había caído presa de un accidente cuando regresaron á la ciudad los vencedores de Villejuif. Era la hija del ex-comerciante en vinos, era María que al preguntar á los camaradas de su amante por el paradero de éste, había sabido la horrible noticia. Emilio Gérard, enviado á una comisión la noche antes de la batalla,

no había vuelto á las filas. Un soldado, apostado como centinela en las avanzadas por el lado de Versalles, había percibido esa noche un tiro lejano poco después de la partida del Sargento. No cabía duda ninguna: el intrépido joven había sido sorprendido por los prusianos y fusilado en el acto.

Por muchos días el desgraciado señor Lemarre desconfió de salvar á su hija de las garras de la muerte: acometida de una fiebre violenta, con el cerebro perturbado por el delirio, pasó María las dos semanas que siguieron á las primeras salidas de los sitiados: cuando aquella enérgica naturaleza, asiéndose á un hilo de vida, logró sobreponerse á la enfermedad y vencer definitivamente el peligro, notóse un cambio brusco en su carácter: su vehemencia de sentimientos se cambió en una especie de calma indiferente y dulce: su espíritu, si se permite la frase, se había petrificado convirtiendo á aquella sensible criatura de otro tiempo en un ser anodino, en un cuerpo sin vida. En vano el tío Marat procuraba distraerla durante la convalecencia, ingeniándose para apartar su imaginación de aquel recuerdo persistente, allí estaba la realidad tremenda, el maldecido sitio para deshacer á cada instante la obra caritativa del desgraciado padre. Ruido de cañonazos lejanos, toques de cornetas y redobles de tambores, desfiles de tropas por los bulevares vecinos, relaciones de periódicos y comentarios de los amigos visitantes, hé aquí lo que desesperaba al señor Lemarre porque adivinaba que todo eso estaba asesinando á su hija. Pero ¿cómo evitarlo?

Había otra cosa que preocupaba al tío Marat casi tanto como la salud de María. Tal vez recordarán los lectores que el señor Lemarre, al comenzar la guerra, era dependiente en un almacén establecido en su misma calle: pues bien, durante la enfermedad de María, el señor Lemarre recibió un día un aviso de su principal en que le comunicaba que por su poca asiduidad se veía en el duro caso de dejarlo cesante. El trastorno que tan duro golpe produjo en el *modus vivendi* del tío Marat no hay para qué decirlo: sin recursos, sin amigos que pudieran proporcionarle otra colocación, sin esperanza de poder obtener alguna á causa del sitio, el señor Lemarre veía con angustia cómo sus economías iban mermando rápidamente, devoradas por la enfermedad de su hija, y pensaba con terror en el día en que saliera de su gaveta el último franco.

Por entonces advertíase en la atmósfera de París algo amenazador é indefinible: los prusianos habían logrado encerrar la capital del mundo civilizado en un anillo de acero, incomunicándola con el resto del orbe; las noticias que de los departamentos traían las palomas correos no eran nada halagüeñas; el bombardeo de la ciudad parecía inminente; sin embargo, no era la impresión que todo esto producía en los ánimos lo que se respiraba en el ambiente, sino algo como los siniestros presagios de la tempestad próxima á desencadenarse, esa fermentación inquietante que precede á las revoluciones.

En efecto, una formidable asociación, debilitada por la mano de hierro del Imperio, cobraba nueva vida bajo el gobierno de la Defensa Nacional.

El señor Lemarre, en los buenos tiempos de sus aficiones políticas y de sus campañas republicanas, había tenido ocasión de estudiar esa asociación y aun de tratar á algunos de sus Jefes, esta vez, al observar sus trabajos, sintió despertarse en él algo como cariñosa simpatía hacia aquellas sociedades secretas, cuyo principal objeto era la distri-

bución equitativa de la riqueza, la guerra al capital, la comunidad de bienes.

Si ese visible interés del tío Marat era sugerido por la penuria en que vivía ó databa de más antigua fecha, es cosa que no hemos podido averiguar; sólo sabemos que á medida que disminuían sus recursos pecuniarios, el ex-comerciante en vinos leía con más avidez la *Linterna*, periódico redactado por Rochefort, y concurría asiduamente á las reuniones socialistas de la Maison-Dieu, en Montrouge, donde tuvo oportunidad de relacionarse con Flourens, Blanqui y Félix Piat, cabecillas de la Commune.

María estaba al tanto de las idas y venidas de su padre, no sólo por los rumores de la vecindad, sino por los calurosos relatos que él mismo hacía de las sesiones comunistas y de los discursos pronunciados por Vallés, Delescluze y Rochefort. ¡Cosa extraña! La joven, á quien no conmovía nada de lo que á su alrededor pasaba, parecía salir de su automatismo cuando el señor Lemarre exclamaba con ardoroso elocuencia: "El mundo está desequilibrado: los menos viven á costa de los más, les chupan la sangre como insaciables sanguijuelas; y mientras unos cuantos señores holgazanes se regalan en sus palacios con cuanto pueden apetecer, millones de infelices trabajadores se mueren de hambre; mientras los generalotes de parada pasan la *vita bona* arrellanados en los sillones, los pobres soldados, la carne de cañón como ellos dicen, perecen abandonados miserablemente en los campos de batalla."

Llegó por fin un día en que se agotaron completamente las economías del señor Lemarre, precisamente cuando era mayor la carestía de víveres, y entonces el pobre viejo propuso á su hija que se trasladaran á otra casa pequeña y barata, donde pudiesen vivir con el alquiler de la que entonces habitaban. María aceptó sin objeción, y pocos días después los balcones persistentemente cerrados revelaban á los transeuntes la traslación de sus dueños.

¿Qué fué de ellos en el inmenso dédalo de París? Nadie puede decirlo. La casa permaneció cerrada durante todo el sitio sin que se presentase ningún inquilino, y la vecindad no volvió á ver nunca al tío Marat ni á su hija por aquellos sitios.

Cuando comenzó el bombardeo de la ciudad, entre las numerosas granadas que cayeron en las cercanías del Observatorio, tocó una á la casa del tío Marat, hundiendo gran parte del techo, aunque sin producir afortunadamente ningún incendio. Tampoco esta vez pareció nadie por allí, con gran estupefacción de los vecinos, que no sabían cómo explicarse la misteriosa desaparición del señor Lemarre y de María.

—Sin duda se han muerto de hambre, dijo por fin una vieja.

La hipótesis no era infundada: entonces valía un ratón cinco francos y un pavo quinientos.

(Continuará).

## POR UN BESO.

(SONETO.)

No un soneto, . . . dos, . . . tres, . . . ciento te haría,  
si piadosa á mi ruego, en un exceso  
de amor y de ternura,—un sólo beso  
me dieras á libar ¡hermosa mía!

Rendido á tanta dicha, arrojaría  
de este tedio mortal el duro peso,  
y mi festiva musa, en su embeleso,  
mil cantos para tí me inspiraría.

Hagamos, pues, el cambio. A tí un instante  
para cumplir te basta. Ello es sencillo.  
Cual la virgen dulcísima del Dante,  
quedarás, como siempre, bella y casta,  
que un beso, un simple beso no desgasta  
ni del coral ni de la perla el brillo.

San José, Abril de 1891.

EMILIO PACHECO.

## UN VENTRILOCUO.

(TRADICIÓN)

El General don Antonio Valero, natural de México, y Jefe del Estado Mayor de la división que en 1825 sitiaba el Callao, defendido por el Brigadier realista don Ramón Rodil, valía por su inteligencia, denuevo, actividad y previsión, casi tanto como un ejército.

Perteneía á esa brillante pléyade de Generales jóvenes que realizaron en la guerra de independencia, hazañas dignas de ser cantadas por Píndaro y Homero. Valero, casi adolescente, militó en España, y fué uno de los defensores de Zaragoza. Más tarde, en México, su patria, Colombia y el Perú, combatió en favor de la independencia americana.

En la época en que lo presentamos, Valero acababa de cumplir treinta y tres años, y era el más perfecto tipo del galán caballeresco. Sus compañeros del ejército de Colombia, siguiendo el ejemplo de Bolívar eran prosáicos y libertinos en asunto de amorcillos. Valero, como Sucre, era un soldado espiritual, de finísimos modales, culto de palabras, respetuoso con la mujer. El entraba en el cuartel, pero el cuartel no entró en él.

En un salón, Valero eclipsaba á todos sus compañeros de campamento, por la elegancia y aseo de su uniforme, gallardía de su persona y exquisita amabilidad de su trato. En el campo de batalla, era Valero, como todos los bravos de la patria vieja, un león desencadenado. No hacía más, pero no hacía menos que cualquiera de sus camaradas.

Valero había sido favorecido por la naturaleza con una cualidad, rarísima hoy mismo, y que á principios del siglo se consideraba como sobrenatural, maravillosa, diabólica: cualidad de cuya existencia sólo la gente muy ilustrada, en el Perú, tenía noticia más ó menos vaga.

El General Valero era . . . VENTRILOCUO. Son infinitas las anécdotas de ventrilocuismo que sobre él cuenta la tradición, y la fácil pluma del General colombiano Luis Capella Toledo, ha escrito una historia de amor en que Valero hizo noble uso de esa habilidad ó disposición orgánica, para obligar á una joven á que no se apartase del camino del deber.

A un militar de los tiempos que fueron, oí referir, que en un banquete se propuso mortificar al General Santa Cruz, pues al trincar un camarón, éste le dijo con voz lastimera.

—¡Por amor de Dios, mi General, no me coma usted, que soy padre de familia y tengo á quien hacer falta!

Sorprendido Santa Cruz, dejó el tren-

che, maravillado de oír hablar á un camarón.

Puede asegurarse que, hasta entonces no tenía Santa Cruz la menor idea del fenómeno.

Gracias á esa individual y extraña cualidad, salvóse el General Valero de ser fusilado por Rodil. Refiramos el lance.

El castellano de Real Felipe tuvo aviso de que oficiales patriotas, aprovechando la tiniebla nocturna, se aventuraban á entrar en el Callao, sin duda para concertarse con algunos descontentos y conspiradores. Rodil aumentó patrullas de rondas, y efectivamente consiguió apresar, en diversas noches, á un oficial y dos soldados. Demás está añadir que los envió á podrir tierra.

Era una madrugada, y el General Valero, emprendiendo el regreso á su campamento de Bellavista, después de haber pasado un par de horas en conferencia con uno de los jefes del castillejo de San Rafael, iba á penetrar en una callejuela, cuando sintió por el extremo de ella el acompasado paso de una patrulla.

El audaz patriota estaba irremisiblemente perdido si seguía avanzando, y retroceder le era también imposible. Entonces ocultando el cuerpo tras el umbral de una puerta, apeló á su facultad de ventrílocuo.

Cada soldado oyó sobre su cabeza, y como si saliera del cañón de un fusil este grito:

—¡Viva la patria! ¡Mueran los godos!

Los de la ronda, que eran ocho hombres arrojaron al suelo esos fusiles, á los que se les había metido el demonio; fusiles insurgentes, que habían tenido la audacia de gritar palabras subversivas, y echaron á correr poseídos de terror.

Media hora después, el General Valero llegaba á su campamento, riendo aún de la aventura, á la vez que dando gracias á Dios, por haberle hecho ventrílocuo.

RICARDO PALMA.

## El Hada del Amor.

CUENTO ALADO.

Para Costa Rica Ilustrada.

Una tarde, solo y triste, sumido en un mar de melancólicos pensamientos, hallábase en un escaño de las pintorescas alamedas del Parque M<sup>o</sup>. . . un joven, poeta soñador, de alma grande y corazón sensible.

Absorto por completo en sus meditaciones contemplaba con indiferencia la poesía sublime que á esa hora mostraba la Naturaleza. Los últimos arreboles del crepúsculo se desvanecían entre las brumas, que lentamente, como inmensos crespones fúnebres caían sobre la tierra. Venus, desde el fondo del cielo profundo y azul, emergía su titilante luz. Las ramas de los árboles se inclinaban y estremecían vagamente al soplo de la tarde, y allá lejos revolaba el cuervo siniestro.

Era la hora en que las almas enamoradas dejan volar sus pensamientos en las alas invisibles del ensueño.

\*\*\*

¿Por qué estaba tan triste y pensativo aquel pobre soñador?

Yo os lo diré, y entonces comprenderéis ¡oh dulces é ingratas jóvenes! cuánto amor puede caber en un corazón de veinte años.

Sufría el pobre poeta la más horrible de las tristezas: la nostalgia infinita de su amor.

—¿Cómo no he de amarla!, exclamaba amargamente, si ELLA, en medio de la noche en que mi alma naufraga parece hundirse, surge ante mí, casta y luminosa como una estrella en forma de mujer. Aquellos labios entreabiertos y pudibundos donde anida el amor y aletea el beso perfumado; aquellos negros ojos de húmeda pupila; aquel seno turgente, que parece amasado con pétalos de rosas; aquel talle gentil, que ondula como el cuello de un cisne; aquella cabeza y torneados brazos que hacen recordar las inmortalas creaciones del arte helénico; todo aquel conjunto de gracia y belleza ha tiempo ha prendido en mi alma la fiebre incurable del amor. ¡Y no me ama, Dios mío, no me ama! ¡Y será posible que pueda vivir así! . . .

Ahugando entonces un doloroso suspiro, continuó en su amargo soliloquio.

—¿Por qué puso Dios en mi corazón tanto amor? Por qué no dió á todos igual ventura, llenando nuestros bolsillos de oro, á cuyos resplandores que ciegan y á cuyo ruido que enloquece, vemos humillarse á los más fuertes y caer á nuestros piés, rendidas y sonrientes, á las más peregrinas hermosuras? ¿Por qué el vil interés, el orgullo, el egoísmo y todas esas impurezas de la vida se han de interponer en nuestro camino y echar abajo nuestras justas ambiciones, y hasta á tí, ¡oh dulce Amor!, han de llegar á empañar la claridad divina de tu lumbre inmortal? ¡Mentira, Dios no es justo! Por qué entonces esa odiosa desigualdad, ese orgullo insensato, esa miseria y ese lujo deslumbrador que corrompe y envenena hasta el corazón de las niñas inocentes? . . .

En los momentos en que así exclamaba, pasaron frente á él un rico y viejo comerciante, de cuerpo obeso y barba encanecida, que del brazo de su mujer,—joven y bonita,—departía con ella tranquilo y dichoso.

El joven vió pasar á la feliz pareja con una tristeza indecible.

\*\*\*

Recordando entonces esas venturosas leyendas de hadas y magos con que los poetas orientales y deliciosos *conteurs* contemporáneos han llenado de ensueños adorables la imaginación de las niñas, se dijo:

—Si existiesen, en verdad, esas compasivas hadas, yo evocaría alguna y le pediría tan sólo me prodigase algún don que retornase á mi alma la alegría.

Aun no había acabado de decir estas palabras, cuando vió ante sí, estupefacto y como preso de un sueño, una visión encantadora. Era una linda hada que vestida tenuemente con un ropaje hecho de girones de nubes, de perlas de rocío y temblantes rayos de luna, y agitando amorosamente sus alitas de mariposa, transparentes é irisadas, se inclinaba hacia él y golpeándole en el hombro con una varita mágica le decía:

—¡Oh poeta soñador! Sé que amas y sufres y por eso he venido en tu auxilio. Te lamentas de las injusticias de la tierra, y dudas hasta de la suprema justicia, y á fe que no tienes razón. ¿Por qué te quejas? Tú posees un tesoro inmenso. Posees el don divino de la rima, la música del verso, posees la inspiración que eleva y la poesía inefable que hace temblar el pecho de la tímida doncella. Tu alma tiene, pues, dos alas para remontarse y escalar el cielo: el amor y la poesía. ¿Por qué te quejas? . . .

—¿Quién eres, bella hechicera?, le preguntó lleno de turbación el poeta.

—¿No me conoces? contestóle. Yo soy la ventura alada y sonriente. Soy el suspiro que vuela, el beso adorable, la dulce caricia, la pasión que electriza la sangre en las venas y engrandece el espíritu: soy el Amor. Si ¡oh noble joven! soy el hada del Amor. Por eso he escuchado tus quejas y he venido hacia tí. Tu pasión noble y digna te ha salvado. Conserva, pues, ese amor puro y divinal. Las alegrías y fruiciones que él lleva al corazón sólo están reservadas á las almas grandes, dulzuras que no les será dado experimentar á aquellos que, hastiados de engañosos placeres y hartos de riquezas, viven tan sólo la vida de la materia. Mira esta verde varita y la diadema de vívidas esmeraldas que fulgura sobre mi frente. Ellas son el emblema de mi esperanza, que á un tiempo es estrella y escala invisible por la cual se llega á ese palacio de los dulces sueños donde el Amor ha fabricado su trono espléndido. Para entrar á él es necesario llevar esa luz en el fondo del alma. ¡Desgraciados, pues, de los que dudan y desesperan porque tendrán que sucumbir en medio de la horrible sombra! . . .

Y desapareció la hada encantadora, dejando en su alma un rayo luminoso que reanimó su espíritu y lo reconcilió con la humanidad, porque ella, el Amor, le había entreabierto ese pedazo de cielo: la Esperanza.

\*\*\*

La noche de ese día durmió tranquilo y soñó venturas inefables. En la mañana siguiente, al despertar, halló más diáfano y azul el cielo, más fragantes las flores y más bella toda la naturaleza.

Pero ella, su adorada, insensible á su amor, ni escuchó sus ruegos ni tuvo piedad de su infortunio.

Entonces el pobre poeta sólo pensó en alejarse de su lado é irse lejos, muy lejos, donde no pudiese escuchar la armonía dulcísima de su voz ni ver aquellos adormidos ojos que le quemaban las entrañas.

Antes de partir y no teniendo fuerzas para despedirse, le envió una carta en la que dejó impresa toda la ternura de su alma.

Dos días después, cabizbajo y sentado en su estudiantil maleta, esperaba en una estación de ferrocarril la salida del primer tren que partía para M. . . De pronto allí, en medio de la multitud de viajeros que se apiñaban prestos á marchar, sintióse vivamente sacudido por un rapazuelo de cara picaresca, que le entregó un pequeño billete. Leyólo al punto con precipitación, registróse los bolsillos, entregó al chico lo que en ellos halló y se devolvió loco de alegría.

En medio del naufragio sombrío en que poco á poco se veía hundir, lo que sintió al leer aquellas breves líneas fué algo como un brazo salvador que lo conducía á la risueña playa.

\*\*\*

Ella lo llamaba y le rogaba no partiese. Tal era en resumen el contenido de aquella carta.

La felicidad le abría al fin sus puertas de oro, y él, radiante, en el colmo de su dicha, bendijo á Dios que había encendido el fuego del amor en toda la Naturaleza y había creado, sobre todas las cosas, la mujer, arquetipo del mundo y síntesis del universo.

El amor lo había engrandecido, ahora lo iba á hacer dichoso.

Por demás está decir, que esa misma noche acudió al llamamiento de su amada,

que de parte de él hubo mil dulces reproches, que ella esquivó con esa gracia singular de que sólo es poseedora la mujer joven y bonita, que comprende bien que es adorada.

Después de hablar incesantemente de todas esas niñerías que forman la suprema delicia de los que se aman, el joven le contó la entrevista que había tenido con el hada, cuando solo y triste, sumido en un mar de melancólicos pensamientos se hallaba una tarde en uno de los escaños de las pintorescas alamedas del Parque X.

La joven al oír esta extraña revelación lanzó al aire su argentina carcajada, y exclamó riendo aún:

—Con que tú, es posible, has llegado á creer que existan hadas, ¡hadas en este siglo? No, amiguito mío. Tú has tenido un sueño, has estado enfermo. Los gnomos, hadas y ninfas, delirios de poetas, sólo pueden caber en cabezas como la tuya.

Aunque no convencido, acogió el joven los razonamientos de su amada, porque el verdadero amor es siempre complaciente, y más que todo, porque en la plenitud de la dicha es muy fácil olvidar los favores recibidos en momentos de adversidad.

Mas cuál sería la sorpresa de los dichosos jóvenes cuando vieron, como por ensalmo, surgir la visión alada, la gentil hechicera, que acercándoseles, soñando les decía:

—¡Oh jóvenes adorables! Sois pobres y os amais, pues, seréis ricos y dichosos, porque el Amor, alma del mundo, ha sublimado vuestros corazones.

Al decir estas palabras puso en sus manos un lindo cofrecillo, que poseía el don de las riquezas inagotables; pero os castigo,—continuó diciendo el hada,—por haber dudado de mí. Viviréis felices, mas nunca tendréis la dicha inefable de ver florecer vuestro amor.

Y tendió sus alas irisadas de mariposa y voló para siempre el hada encantadora. Y aquellos tiernos amantes fueron felices; mas nunca tuvieron el paternal regocijo de besar las fre-cas mejillas ni de levantar en vilo al recién nacido con que más tarde soñarían en sus anhelos de esposos.

EMILIO PACHECO.

## Principio de una historia.

(Para "Costa Rica Ilustrada.")

Y ADEA siniestra, terrible, cruzaba por mi mente una tarde de Enero del año de mil ochocientos ochenta y cinco, hallándome sentado junto á la ventana de mi aposento del *Everett House*, viendo caer en la calle lentamente la nieve y teniendo entre las manos, cerrado, el último libro de Lord Beaconsfield, titulado *Endymion*, que hacía pocos días había comenzado á leer.

Mi corazón era presa en esos momentos de una angustia indecible; una que otra lágrima humedecía mis pupilas á intervalos y rodaba quemándome las mejillas. Juzgaba mi situación desesperante y había resuelto ponerla término para siempre! Aferrado á esta idea y decidido á llevarla á cabo, consagraba un recuerdo cariñoso á mi familia, ausente de mí, y repasaba con la imaginación, vertiginosamente, la historia corta pero variada de mi vida. Dudaba si era un bien ó un mal lo que mi buen padre, en el exceso de su amor paterno, me había hecho al sacarme de la tranquilidad de su hogar honrado y puro, para lanzarme, joven y lleno de pasiones violentas, al torbellino del mundo, donde tenía que luchar brazo á brazo y donde la victoria se adquiere á trueque de dejar

el alma hecha girones y el corazón envejecido!

Pensaba en muchas otras cosas á cual más lúgubre y desesperadora, cuando sentí que se apoyaba sobre mi hombro una mano enguantada y oí que se me decía: Hola! ¿no sales hoy? Volví la cara y me encontré con Carlos, mi amigo predilecto. No, le dije, estoy algo enfermo y quiero quedarme en casa.

—Bah! y qué tienes? Un poco pálido estás, es cierto, pero eso es debido á la traspachada. Y hablando de todo, cómo te fué anoche con Nelly? Alcancé á verlos como á las doce cuando entraban ustedes al *Brunswick*.

—Maldito *Brunswick* y maldita Nelly, contesté; ese restaurante y esa actriz tienen la culpa de todo!

—Conque hay historia? pues cuéntala pronto, que estoy dispuesto á oirla.

Y sin esperar excitativa, que no necesitaba ni acostumbráramos en virtud de la estrecha y antigua amistad que nos unía, arrimó á mi lado una butaca, sentóse, se desabrochó el sobretodo, encendió un cigarrillo, cruzó la pierna y esperó la relación.

Carlos era un hombre verdaderamente feliz. Hijo de uno de los hombres más importantes de Colombia por su cuna, sus talentos y sus riquezas, había sido educado en uno de los mejores colegios de Europa y vivió siempre en la opulencia. Muy joven aún fué nombrado adjunto de una Legación en Francia; luego pasó con igual carácter á Italia; y después ascendido á Secretario visitó á Inglaterra, Alemania, España y los Estados Unidos. Hablaba perfectamente bien el inglés, francés, alemán é italiano. Tenía veintinueve años; era alto, elegante, inteligente y dueño de una fortuna inmensa. La vida en esos centros de disipación lo hizo verdaderamente filósofo. Tenía un fondo moral excelente que no logró pervertir el sinnúmero de aventuras amorosas que tuvo. Era un Tenorio moderno; nada lo preocupaba, por nada se exaltaba. Su conversación era chispeante, alegre, picaresca; había leído mucho y la sazónaba con la historia y con la fábula, con la crítica y con el sarcasmo.

Levantéme de mi asiento y caminando de un extremo á otro de mi cuarto, comencé así:

—Como tú sabes, Carlos, yo pensaba casarme con Berthie.....

—Niego; tú decías que te ibas á casar, pero de decirlo á pensarlo hay una gran diferencia.—Hoy está en moda engañar á las muchachas con ofertas de matrimonio. Es un medio como cualquier otro y mucho más barato.

—Sea como quieras y no discutamos porque de lo contrario no cuento nada.

—Pues bien, te obedezco, y me vuelvo todo orejas.

—Como te decía, yo pensaba casarme con Berthie, al menos estaba públicamente comprometido con ella. Mi carácter, este maldito afán que me entra á veces de correr aventuras me hizo tropezar en días pasados con Nelly, actriz del teatro de *Daly*. Verla, dirigirla unos cuantos galanteos, invitarla á cenar, bebernos dos ó tres botellas de champagne & &. todo fué uno. La carne de teatro, como tú sabes, es mala y cara, pero mi vanidad se halagaba al verme aceptado por una mujer de esas condiciones. No sé cómo diablos llegó esta aventura á oídos de mi futura suegra, quien, tres noches ha, hizo alusión á ella de una manera sutil é indirecta, censurando, sin embargo, la conducta de esos jóvenes que olvidan los miramientos que se merece la sociedad y se entregan á una vida libertina. Yo escuché la filípica sin darme por aludido y hasta critiqué también esos desvaríos, pero á la primera coyuntura que se presentó cambié de conversación. En este estado de cosas recibí ayer una esquila de Nelly en la cual me anun-

ciaba que anoche no representaría y que deseaba verme á las 7 de la noche, sin falta, en casa de *Solary*. Formo mi plan de ataque y pongo manos á lo obra; á las seis y media me presento donde Berthie y afectando una fuerte jaqueca la suplico que me excuse por esa noche, pues iba á acostarme inmediatamente. La pobre tragó el anzuelo y hasta intentó desistir de presenciar el estreno del drama de Sardou, titulado *Daniel Rochat* que se daba esa noche en el *Madison Square*. A las siete llego á casa de *Solary*, donde me esperaba Nelly, ordeno una buena comida y me entrego con ella á gozar de la vida y de los placeres que ésta proporciona. Comimos, bebimos, nos hicimos mil protestas de amor eterno y qué se yo cuántas otras cosas, y terminamos á las doce. Una vez en la calle y entusiasmados por los vapores de esos vinos ardientes y en momentos en que pasábamos por el *Brunswick* se le antojó á Nelly tomar unos helados. Entramos, ella flamante y yo con aires de conquistador, cuando á los pocos pasos del salón miro sentados en una mesa á Berthie, á la madre y al padre. Describirte lo que por mí pasó es imposible. Un rayo, el mundo entero que hubiera caído á mis pies no me hubiera producido el efecto terrible que esa presencia me produjo. La sangre se me heló, los pies trastabillaron, los ojos se me quedaron abiertos y el alma se me salió del cuerpo. Hice, sin embargo, un esfuerzo supremo y afectando no haberlas visto tomé asiento en una mesa lejana. Lo demás te lo explicará esta carta que he recibido hoy á las ocho de la mañana, cuando aun estaba en la cama.

Carlos tomó la carta que yo le tendía y leyó en inglés estas pocas palabras: "Señor, todo queda concluído entre nosotros.—Berthie".

—¡Diantres! exclamó mi amigo, brava estaba la chica cuando escribió esto. Y tú, qué has contestado? qué piensas hacer?

—Aun no he contestado nada, ni sé todavía lo que haré. Estoy avergonzado y triste al mismo tiempo. Yo quiero á Berthie con toda mi alma; ella es la forma corpórea, tangible, de mis ilusiones y de mis esperanzas. Creo difícil que pueda arrancar de mi corazón este amor que he acariciado por tanto tiempo y que me ha hecho tan feliz. Siento que me faltan fuerzas para renunciar á esta dicha que yo suponía bendecida y enviada por el cielo. Estoy desesperado y resuelto á matarme!

—Pues buena cosa vas á hacer! Matarte?—Y esto por una mujer, porque una chiquilla te ha dado calabazas! Bah hombre! no seas bárbaro, que millones de mujeres hay en el mundo y muchos árboles de calabazas de donde podemos arrancar las que queramos para darlas á nuestro turno. El caso después de todo no es grave como imaginas. Si Berthie te quiere olvidará pronto ese pequeño incidente necesario, inseparable de toda vida de hombre soltero. La moral moderna no se escandaliza por cosas tan pequeñas. La sociedad en su aspiración al progreso, no sólo disculpa esos devaneos sino que aplaude á sus autores. El escándalo está hoy á la orden del día; el más célebre es aquel que más se burla de la sociedad y de sus leyes. Y bien examinado, dime, qué crimen has cometido? ¿Eres tú asceta, por ventura? ¿Hacer el amor á una mujer alegre, pasar en su compañía cuatro ó seis horas, beber con ella unas copas de champagne, vendar por un momento á esa estúpida de la virtud para bromear un rato con el placer, es acaso un delito? ¿Crees tú que en los tiempos que corren puede satisfacerse un hombre civilizado con un amor platónico, frío, imbécil? Oh nó! Hoy desde que nacemos palpamos la realidad y comprendemos que es preciso para mantener el equilibrio de la vida, recrear á la par la carne y el espíritu! Las muchachas de esta época no admiran el heroísmo de Lucrecia, la mujer de Colatino, ni la castidad de José, el hijo de Jacob; ce-

lebran, por el contrario, las esplendideces de los amores de Salomón y la pasión ardiente de la mujer de Putifar. Se anda de prisa, y por consiguiente se tropieza á menudo. Algunos caen, es cierto, pero si logran levantarse cínicamente la sociedad los aplaude. Lo que te ha pasado anoche no puede tener consecuencia alguna deplorable para tí; despreocúpate, pues. Dos medios tienes para aplacar la cólera de Berthie: ó escribirle una carta cariñosa declarándote culpable, ofreciendo el propósito de enmienda é invocando en nombre del amor que se profesan perdón absoluto; ó no contestarle nada y mostrarte desdeñoso con ella; ambos son estupendos! Yo preferiría el último porque mi experiencia me ha enseñado que las mujeres se engrien cuando se las suplica y se las implora en casos como el presente.

—Toda regla, Carlos, tiene sus excepciones. Tus teorías sobre el amor y las mujeres no sirven ni pueden aplicarse en esta ocasión. Berthie no es una de esas jóvenes vulgares, sin dignidad y calculadamente engañadoras, con quienes tropezamos frecuentemente. Dotada de una sencillez exquisita, estoy seguro que mi acción de anoche la ha herido profundamente y la ha hecho derramar lágrimas abundantes.

—Sí, tal vez ha llorado, pero no imagines siquiera que haya sido por el temor de perderle. Habrá llorado de cólera, porque se ha creído puesta en ridículo, por despecho, porque supone que Nelly se ha burlado de ella, en fin, por cualquier otra cosa. A las mujeres—y de esto te persuadirás más tarde cuando hallas corrido más mundo—les importa poco perder un amante siempre que sean ellas las que lo despiden, pero se ponen furiosas cuando son ellas las despedidas. Tienen pasiones más violentas que nosotros y todo lo perdonan menos una ofensa que hiera su vanidad. En los quince años que tengo de mundo no he encontrado una sola que sea sorda á la lisonja ni indiferente al desprecio. Son semejantes á esos gatos de Angola que nos buscan si los rechazamos y se arquean y sensualizan si les pasamos la mano suavemente por el espinazo.

—Tus palabras, Carlos, me están haciendo daño; yo no tengo tu temperamento y no quiero derribar el hermoso palacio de bellísimas quimeras que ha forjado mi fantasía, y donde me refugio cuando la realidad de la vida quiere tocarme el alma.

—Lo comprendo; estas oyendo el Génesis moderno y te sientes aturdido, sin embargo, mis palabras de hoy te salvarán mañana. Siempre es doloroso ver al deseo convertirse en súcubo. Poco á poco se irá disipando esa nube de ideales que hoy te ciega, y no está lejano el día en que apeles á este microscopio que la experiencia me ha suministrado, para conocer y explicarte el organismo social y evitarte el sufrimiento. Pero.....entre paréntesis: qué hora es?

Carlos sacó el reloj, vió la muestra y dijo: las dos! A la puerta del hotel está mi coche; quieres acompañarme? Después de una noche y un día tan tempestuosos el aire libre debe de hacerte bien. Vamos; el lago del Parque Central está congelado y hay una infinidad de muchachas patinando. Patinaremos un poco, luego vendremos á comer é iremos á la ópera, que esta noche canta la Patti.

Yo me sentía el corazón oprimido y la cabeza ofuscada. Dirígeme cual autómeta, al armario donde guardaba mis vestidos y tomando el sobre todo me lo puse. Terminaba ya de abotonarme los guantes y de estar listo para acompañar á Carlos, cuando éste se levantó y me dijo:

—Yo era como tú, pero el mundo me ha hecho adquirir esta filosofía que me sirve de coraza. Otro día te referiré el suceso que más ha influido en mi conversión; yo lo titulo *Historia de un braz-*

lete. Hoy no quiero contar historias tristes, estoy de humor para divertirme. Vámonos.

Abril de 1891.

Joaquín Pablo Vélez.

## LOS COLOMBIANOS

no van al cielo.

(EL FISCÓN.)

SAN Pedro estaba de magnífico humor, y cómo no había de estarlo, si era la víspera de su santo, y su ilustre Paternidad acostumbraba echar canas al aire el día de su natalicio? Desde la antevíspera desarruga el entrecejo, cuelga las llaves y se dispone á conceder cuantas gracias le pidan, las cuales son innúmeras.

En esos días se suspende toda comunicación con la tierra: las almas que de acá van en obligada peregrinación, tienen que aguantarse tres mortales días sin derecho á réplica. El Pater no es poca cosa allá en el cielo, y en diciendo con su voz muy gruesa; nadie entra! no valen ni rogativas.

En uno de esos días el Angel de la Misericordia se llegó á San Pedro y le dijo con tono resuelto: Vengo á pedirle á su Paternidad una gracia que repara una injusticia.

—¿Quién habla de injusticia en el cielo? ¿tú, Misericordia?

—Yo, su Paternidad.

—¡Pues dílas con cuarenta mil de á caballo! y serán reparadas en el acto, voto á mil bombas, ¿injusticia aquí?

—Las injusticias vienen de su Paternidad.— Todos los años por estos días se suspende la comunicación con la tierra y las almas que vienen tienen que esperarse á la puerta, al agua y al sol, mezcladas las buenas con las malas y sufriendo mucho, desde que no hay comodidad ninguna, ni siquiera un banquito al lado de afuera.

—¿Y qué quieres tú ahora? ¿que rompa mi consigna? no que nó, *mio caro*. Hoy, ni mañana, ni pasado, hay puertas para nadie, estás? Pide otra cosa.

—Resentido me deja su Paternidad para pedir, dijo el Angel haciendo un puchero. Yo no pido que se las deje entrar en el cielo, pues nos darían trabajo y grande á la hora de la *pesadera*, sino que las deje guarecerse en el gran salón inmediato.

—Siempre te sales con la tuya, hombre. Mira, déjalas entrar, pero sólo á la portería. Anda con cuidado, porque hay almas tan pícaras que se le cuelan á uno por entre los dedos.

—No esperaba otra cosa de la generosidad de su Paternidad y.....

—Déjate de lisonjas, boqui-rubio, y no me vengas con fullerías. Toma las llaves, caramelo de la humanidad. Pero oye: ¿qué clase de gente es esa que está al lado de atrás? Cáscaras con la bulla que tienen.

—Son todos hijos de la ilustre Colombia, gente que goza de grande nombradía en todo el vecindario.

—¡Colombianos! guay con la gentecita. Son en verdad unos ciudadanos muy apegados á sus fueros; pero acá para inter nos, sábetelo, amigo Misericordia, que ella es una gente asaz revoltosa; por un *quitame allá esas pajas*, forman un *teje maneje* aquí mismo, que hay que acudir á los grandes recursos para ponerlos en orden y evitar hasta *derramamiento de sangre* en el cielo. Protestan por todo y de todo, y cosa es de morir de hidrofobia al oírlos hablar de sus soberanías, y de sus derechos, y de sus libertades; son los tales unos bolonios, y hay que andarse con cautela. Aquí tenemos á Mosquera y á Arboleda, ¿sabes como hay

que tenerlos? en cuanto se ven no se andan en chiquitas. Mira, chicuelo, no sería mejor dejarlos hoy de la parte de afuera? Dame las llaves, guerra avisada.....

—Por la misericordia divina, mire su Paternidad.....

—Dale que dale. Pues bien, ábreles, ábreles y déjalos pasar y mucho cuidado; cierra con doble vuelta todas las puertas que comunican con el interior, eh? Estos colombianos, dijo San Pedro, así que se hubo despedido al Angel de Misericordia, se me están haciendo cargantes; son unos locos de atar; no está muy lejano el día que provoquen aquí un conflicto y nos boten del cielo abajo. Sin embargo, son gente de sus calzones y los tengo algún cariñito. Ole! Misericordia, ¡dales un traguito de lo añejo en mi nombre!

—Vamos, queridos, dijo dirigiéndose á todos los que le hacían la corte, no hay que dejar caer el espíritu, animación, animación. Mañana echamos el cielo abajo! Cáscaras! que bulla tan condenada tienen esos benditos que acaban de entrar, voto á mil bombas! Hui! si parece que hubiese habido chamusquina allá en Colombia; cuánta gente, pues en bonita nos ha metido este Misericordia con su compasión.

—Con efecto, el Angel de la Misericordia no había esperado otra orden; y llave en mano, se fué á la puerta y *trac! trac!* la abrió, y abrir y precipitarse dentro más de cien almas, sin pedir permiso y sin miramientos, todo fué uno.

—Este es un atentado contra el derecho de las masas el tenerlas aguardando como súbditos en la puerta! gritaba uno; es una iniquidad! gritaba otro; protesto en nombre de los derechos sacrosantos del pueblo! decían más allá; las garantías individuales se han vulnerado, gritaba el de más acá; viva la libertad! viva el derecho, abajo los tiranos aún en el cielo, abajo! abajo! muera! Y todos gritaban y todas protestaban y era aquello una hatahola.

—Vamos, por Dios y todos los santos, señores, calma; no están en Colombia sino en el cielo.

—El derecho sacrosanto del pueblo, dijo uno encarándosele al angel, es uno en todas partes y no puede ser pisoteado por nadie. La santa causa de la libertad es fuerte y ay! del tirano que se atreva contra ella.

—Qué libertad, ni qué pan tostado, quietos, ó los hago arrojar á todos de la parte afuera.

—¿Arrojarnos? Muchachos, comitentes, á las armas! ¡Abajo los tiranos! gritaron unos que tenían *cara* de militar.

—Todavía nó, compatriotas, articuló un orador. Constituyámonos en Asamblea permanente, y legislemos para el cielo.

—Sí, legislemos! Legislemos!!

El ángel de la Misericordia asustado ante el carácter que tomaban las cosas, se dirigió al puesto de guardias en solicitud de auxilios. En el camino se encuentra con San Pedro, que al verlo pálido y asustado, le dijo: ¡Qué es eso, Misericordia! ¿qué traes? ¿Qué demonios de burla es esa?

—Señor San Pedro, perdón, yo no conocía á fondo esa gente. ¡Qué gente, Jesús, qué gente!

—Ya te lo decía yo. Como mi *santo* no se acabe hoy con *follisca*? Esto es ya mucho trabajar, voy á pedir se me releve del cargo. Vamos allá, vamos allá, á ver de meter en orden esa gente. Ola, amigo San Ignacio, tráete ahí unos guardias por si fuere preciso apelar á un argumento convincente. San Pedro y toda y toda su comitiva se dirigió á la portería, la que estaba convertida en un congreso de los nuestros. Hacían *uso de la palabra* cuatro oradores ó la vez. El Presidente agitaba la aldaba de la puerta, que servía de campanilla. La *barra* gritaba y era aquello un infierno.

—Silencio, almas benditas, gritó San Pedro, así que hubo llegado, ¡silencio!

—¿Quién manda hacer silencio? dijo el que hacía de Presidente: aquí no manda nadie sino yo y yo, que soy el Presidente de esta ilustrada Corporación.

—Déjate de presidencias, hijo, dijo San Pedro, aquí no hay nada de esas sandeces. ¿Estás?

—¿Que si estoy? Yo soy el elegido por los votos de mis conciudadanos. Queda aprobada la moción sobre Derechos invulnerables de las almas en el cielo, en tercer debate.

—Rayos y centellas, dió San Pedro ya amostazado; pues con buenas se nos vienen estos atolondrados. ¡Habrás visto! orden, señores, que aquí no hay república, ni congresos, ni asambleas, ni pueblo, ni nada aquí no manda más que Dios en su trono y yo en la puerta.

—Ciudadano Presidente, articuló una de las almas, el ciudadano San Pedro no tiene derecho á la palabra, pues no es diputado.

—¡Esas tenemos! malditos, esas tenemos! venirme á quitar mis tradicionales poderes, voto á una bomba!

—Pido la palabra para una protesta, dijo otro.

—La tiene el muy honorable diputado.

—Ciudadano Presidente: en nombre de la diosa libertad protesto una y mil veces de las palabras que acaba de pronunciar el ciudadano San Pedro, que no están de acuerdo con la democracia, hija del pueblo, madre de los libres, estrella matutina de los patriotas, purísima fuente en donde se alimentan los principios liberales.

Otro interrumpiendo. Los conservadores también.

Otro. Nó, los conservadores son pícaros!

Otro. Pícaros son los liberales!

El Presidente. Al orden, ciudadanos, estamos en un cuerpo colegiado y.....

—Qué colegia los ni qué pandorgas, hideperros, revolucionarios de Satanás, rugió San Pedro.

—Ciudadano Presidente, agregó el mismo, pido se arroje de aquí al ciudadano San Pedro, por haber faltado á las conveniencias parlamentarias y á mis inmunidades como miembro de esta respetable Corporación.

Aquí fué Troya. San Pedro perdió los estribos y dió orden á San Ignacio para que los echara á lanzazos. ¡Viva el derecho! gritaban unos; ¡viva la libertad de asociación! vociferaban otros, arriba ciudadanos! á los armas, compatriotas! chillaban por todas partes. Sonó un tiro. San Ignacio meneaba la espada que era un gusto; la cosa tomaba proporciones alarmantes. San Ignacio pidió refuerzos; perdía terreno.

Rayos, centellas, Ignacio, mételes duro, gritó San Pedro, entrando á bordonazo cerrado. Fuera! fuera! condenados! gritaba.

Así las cosas apareció un enviado del Padre Eterno.

—Señor San Pedro, dijo, el Padre Eterno manda se suspenda toda celebración desde el momento que su Paternidad se ha extralimitado y ha dado lugar á que se hayan notado síntomas de sedición en lo interior.

—¿De manera que no celebro mi santo?

—Es orden terminante.

—Ira de Dios! ¿Quiénes son los sediciosos?

—Los colombianos. Con motivo de haber algún imprudente dado un muerá á la libertad, Santander y Mosquera han circulado una proclama y se han formado corrillos.

—Ah! follones, revoltosos! ¿se creen que están en Colombia? Yo no celebro mi santo, pero aquí no me entra uno más.

Agobiados por el número, los patrióticos colombianos habían tenido que abandonar el terreno. La portería estaba limpia.

—Sabes, amigo Perucho, que estos colombia-

nos son valientes, no me han dado poco que hacer.

--Son unos demonios. A fe de Pedro que aquí no entran más. Venirme á privar de mi única distracción.

.....  
Cuenta un *medium* que desde ese día á cuantos llegan de la tierra les preguntan de dónde vienen, y al que dice de Colombia; no pasa ni aunque vaya confesado por el Papa.

A dónde irán?

## A NATALIA.

Pasaste y me enamoré  
Con una pasión tan loca  
De tu esbelto y fino talle,  
Que por hallarme en la calle  
Callé.

Mas cese el silencio ya,  
Que si mi amor adivinas,  
Dirás al verme la cara:  
"Ese . . . no es bueno ni aun para  
Pará"

Pero es condición que yo,  
Debo dar en tu albo pecho  
Del primer amor el tono:  
Porque ser amado es no no. . . .  
No, nó!

Sé mansa y no rabiara  
Tu boca cual rabian otras;  
Mujer rechazo altanera;  
Mi mujer, de blanda cera  
Será.

También quiero que á la vez  
Cortes la ropa y no griten  
Aumentando mis desastres  
Las tijeras de los sastres  
Zas, tres!

Hubo amante que viajó  
Buscando una dama cumplida  
Sol que apagase su duelo:  
Llegó Himeneo, nubla el cielo  
Y helo.

Jamás en sueños soñé  
Con criticastra ó serrana,  
Aquella, tonta se engríe,  
Esta escribe en vez de pie,  
Pie.

No en brazos de la poesía  
Duermas tú mi bien inquieta,  
No vaya á llamarte Amalia,  
Burlona, en vez de Natalia  
Talia.

Y bueno que sepas es,  
Que aun envidia á los Cornelios:  
Nó en lances de amor te enredes  
Ni por precio á Nicomedes  
Me dés.

Mas ya que un Dios alcanzó  
Tendiendo el arco, mi pecho  
Con el amoroso clavo  
Que para hacerme tu esclavo  
Clavó:

Siempre tuyo firmaré  
A fuer de rendido amante,  
Déseme ó nó de amante el pase  
Y cáseme ó no me case,  
"K. C."

Por poder.

EMILIO DELGADO.

## A MI MADRE.

EN SUS DÍAS.

I.

Voy la pluma á tomar, que en mi contento,  
Á ello siento que impelido soy;  
Y he de hacerte, aunque humilde, en este día,  
Una poesía,  
Pues felices tus años cumples hoy.

II.

Y al dirigirme al cielo bondadoso,  
Que el don precioso de salud te dió,  
Le pediré también, madre querida,  
Que en esta vida,  
Tengas la dicha que deseo yo.

III.

Quisiera poseer rico tesoro  
De plata, de oro y de especial valor,  
Para acercarme á tí con una ofrenda,  
Que fuera prenda,  
De mi respeto, gratitud y amor.

IV.

Pero soy pobre porque tú eres pobre,  
Y aunque me sobra anhelo y ambición,  
Ofrecerte no puedo yo otra cosa,  
Grande, valiosa,  
Que lo que tú has formado: el corazón.

V.

Aquí lo tienes: en abrazo estrecho,  
Junto á tu pecho ahora latirá,  
Y de gozo indecible estremecido,  
Cada latido,  
¡Oh madre mía! para tí será!

CARLOS A. IMENDIA

## NOTAS.

EN la última quincena han muerto los estimables caballeros don **Procopio Castro**, don **Leopoldo Montealegre** y don **Cirilo Reyes**.

Damos á sus respectivas familias nuestro sincero pésame.

LA oficina de "Costa Rica Ilustrada", se ha trasladado á la calle n° 21, Sur, esquina opuesta á la Tipografía de "El Heraldó."

TENEMOS noticia de que dentro de poco se colocará en el Parque Central el magnífico monumento conmemorativo de la Guerra Nacional, ejecutado en París. Según nos aseguran personas que lo vieron en aquella ciudad, es de notable mérito artístico y constituirá uno de los principales adornos de nuestra capital.

Á LAS personas que posean datos interesantes acerca de la campaña del 56—57 ó de los principales hombres que en ella figuraron, les agradeceríamos mucho se sirvieran remitirlos á esta Redacción.

TIPOGRAFÍA NACIONAL.